

¡SIGAN PERSEVERANDO!

Reconozco que no me resulta fácil escribir un artículo sobre la Iglesia en Alemania en medio de la situación actual, tan turbulenta y a menudo conflictiva, que vive el mundo.

Pero sonrío cuando leo lo que el taz, un diario de izquierda de Berlín, escribió recientemente sobre el saludo del Papa a la Asociación de Exorcistas en Roma: «Sin los crucifijos en las aulas bávaras, ¿los alumnos no podrían ver la pizarra debido al humo sulfuroso?».

«¡Por supuesto que sí!», tengo que decir. Y al mismo tiempo, estoy leyendo el nuevo libro de Anselm Grün titulado: *«Resistir y crecer: el poder de las tinieblas en nuestro tiempo y cómo podemos contrarrestarlo»*. Un libro sobre los demonios de la actualidad, con los que nos encontramos no solo en nuestra vida personal, sino que también dan forma a nuestra sociedad: la avalancha de comunicación, la instrumentalización de la espiritualidad, la absolutización de la economía, nuestro propio ego, el dogmatismo, la presión por rendir, la presión por presentarnos, la falta de compasión, la ceguera, la polarización de la sociedad... Estos son los títulos de los capítulos. Y la lista podría ampliarse fácilmente: pobreza y guerra, ignorancia hacia los refugiados, aceleración a todos los niveles o marketing excesivo en la IA, como me dijo recientemente mi hijo. Así se presenta el presente.

Pero, ¿cómo pueden las personas llegar a ser íntegras y sanas, libres y felices, y qué fortalece la necesaria resiliencia de la que tan a menudo hablamos? ¿Y qué significa eso para la fe y para una institución como la Iglesia, que, como parte de la sociedad, querría estar «libre de demonios» y centrarse exclusivamente en la vida? Bueno, este análisis también sigue siendo difícil. Demasiados expertos han abordado la cuestión en diversos estudios, pero los diagnósticos y las respuestas varían considerablemente. Algunos hablan de secularización, que simplemente ya no permite buscar ni siquiera suponer un «valor añadido» en la fe. La gama de opciones disponibles es demasiado amplia, incluso sin fe, para poder vivir de forma responsable y significativa. Otros, en cambio, ven esta pérdida de fe como una reducción de la calidad de vida, que también se nota claramente dentro de las iglesias. El aproximadamente 10 % de las personas que todavía van a la iglesia los domingos no solo sufren por ello, sino que también se quejan ocasionalmente de una iglesia demasiado liberal que ha olvidado el Evangelio.

Sin embargo, y estos últimos suelen admitirlo también, la menor pasión por muchas cosas relacionadas con la fe y la iglesia tiene su propia historia. Y en esta historia, la Iglesia (en ambas confesiones, por cierto, es decir protestantes y católicos) es vista como una comunidad que está poniéndose al día en su aprendizaje, lo que, en el lado católico, entre otras cosas, ha creado una brecha casi insalvable entre ella y el pueblo debido a su estructura jerárquica, a pesar de que sigue desempeñando un papel privilegiado en relación con el Estado alemán. La brecha es tan grande que solo en el momento álgido de la llamada «crisis de los abusos», a partir de 2010, los responsables y obispos se dieron cuenta finalmente de que su credibilidad estaba casi irremediablemente dañada.

A la difícil situación existencial de los responsables y las instituciones le siguió, además de los conocidos y ampliamente leídos estudios, el Camino Sinodal en Alemania a partir de 2019. Los obispos decretaron el arrepentimiento y la renovación, pidieron ayuda a los laicos y negociaron hasta 2023 las cuestiones que ahora también desempeñan o han desempeñado un papel en Roma y en el Sínodo Mundial: el poder y la separación de poderes, la moralidad sexual, el modo de vida sacerdotal y el papel de la mujer.

En intensos debates retransmitidos en directo, se debatieron y alcanzaron recomendaciones, resoluciones, votaciones y compromisos, y se previó la creación de un consejo sinodal en el que obispos y laicos trabajarían juntos de forma permanente, aunque su creación aún está pendiente. Con cierto grado de comprensión, los casi treinta obispos buscaron el camino de vuelta al pueblo, para percibir sus preocupaciones y necesidades y volver a desempeñar un papel en sus vidas con su mensaje. Si esto tendrá éxito y de forma sostenible es algo que aún está por ver.

En este contexto, Norbert Mette, teólogo católico romano y profesor emérito de la Universidad de Dortmund, dará una conferencia en Núremberg con motivo del 30º aniversario del Movimiento Popular Eclesiástico, en la que volverá a esbozar el contexto, el estado de ánimo y la cultura, así como las directrices de la Iglesia oficial que aún hoy dan al Movimiento Popular Eclesiástico su justificada importancia. Cabe suponer que echará la vista atrás al Concilio Vaticano II y recordará los trastornos de la década de 1970. Pero también repasará muchos años marcados por el estancamiento o los conflictos sobre el asesoramiento en materia de embarazo o la exclusión dogmática de las mujeres del sacerdocio.

Lo que ya se puede anticipar es lo siguiente: los temas del Camino Sinodal en Alemania en 2020 fueron los que el movimiento de reforma de la Iglesia puso en la agenda en 1995 con más de 1,8 millones de firmas y que ha perseguido con gran perseverancia desde entonces.

Sin embargo, tras 25 años de compromiso, ¿seguirá la generación más joven persiguiendo estas reformas internas de la Iglesia con la misma pasión? En Alemania sería difícil encontrar a una mujer o un hombre joven que estuviera dispuesto a luchar con tanta vehemencia por el «diaconado de las mujeres» o la abolición del celibato obligatorio como lo hizo el movimiento de reforma de la Iglesia. En cambio, buscarán un lugar donde se aprecien y acojan sus capacidades. Igualdad y justicia de género incluidas. La mayoría de los solicitantes ya no buscan un lugar por debajo de este nivel. Ni en nuestra sociedad. Ni tampoco en la Iglesia.

Susanne Ludewig, Movimiento Popular Eclesial Somos Iglesia, Kassel.
Octubre de 2025.